

PRESENTACIÓN DEL *DOSSIER* A 400 AÑOS DE LA SEGUNDA PARTE DEL *QUIJOTE*

Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo*
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

¿Quién es el autor del *Quijote*? Nos encontramos en el Prólogo de la Primera Parte, si no seguimos el consejo de Fernando del Paso de abrir la obra directamente en el Primer Capítulo, con un autor, más padrastro que padre de don Quijote, que se pone delante del “desocupado lector” en actitud impaciente por dar suelta y término a la “prefación”:

Muchas veces tomé la pluma para escribille [el prólogo], y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa.¹

Que no es otra que las dificultades que tiene para acabarlo. El amigo le va exponiendo cómo puede dar término a su tarea, mientras él lo escucha “con silencio grande”:

...y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio

en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escudriles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto Dios te dé salud y a mí no olvide. *Vale.*²

Un prólogo en busca de un autor que, en contra de las normas establecidas y no escritas de la época, tendría que haber sido otro que el narrador del relato, que tampoco lo escribe porque el prólogo va brotando de sí mismo a partir de los consejos del oportuno amigo que lo descubre suspenso.

Y comienza: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”; se supone que este ‘me’ corresponde al perplejo ‘yo’ con problemas para acabar el prólogo y que se le supone también autor de la historia. Pero, líneas más abajo leemos:

Era de complejión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de “Quijada”, o “Quesada”, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba “Quijana”.³

O sea, que hay autores que escriben el caso. Más adelante, capítulo VIII de la Primera Parte, enfrentados don Quijote y el Vizcaíno, con las espadas en alto, se interrumpe el relato, falta materia, no hay indicios de cómo se resuelve el fatal encuentro, pues:

está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.⁴

Ahora nos enteramos de que lo narrado hasta este punto lo fue copiando el segundo autor del primero –sin olvidar las referencias a archivos y

escritorios de ingenios manchegos en los que pudiera haber noticias del caballero— y, por lo que promete, encuentra la manera de continuar una historia que va copiando.

El capítulo IX retoma la escena inconclusa de las espadas, “altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes”, y prosigue el segundo autor:

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que a mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes.⁵

Pero, por mucho que retarde el suspense ya viene el recurso:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero, y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que él muchacho vendía y vile con caracteres que conocí arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él comenzó a reír.⁶

Se reía el moro traductor de lo escrito en el margen a propósito de Dulcinea del Toboso, la que transfigurará don Quijote en su dama, la que “dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha”.

Menudean las alusiones al moro autor, Cide Hamete Benengeli; como cuando al inicio del capítulo VIII de la Segunda Parte dice “Bendito sea el poderoso Alá”, repitiéndolo tres veces, por ver “en campaña” de nuevo a don Quijote en su tercera salida; no faltan referencias a las anotaciones que hace ese mismo autor, por ejemplo, al sospechar que no le van a creer las locuras de don Quijote —Cap. x de la Segunda Parte—; ni siquiera están

ausentes las alabanzas y las críticas positivas por su “puntualidad”. Así, al inicio del capítulo XL, también de esa parte, en el extenso pasaje de don Quijote y Sancho huéspedes de los duques, leemos:

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a la luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las táticas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celeberrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.⁷

Un autor más se había entrometido en la historia. Sorprende al lector la premonición que había tenido don Quijote, en el capítulo II de la Primera, al despuntar el alba de aquella mañana de su primera salida, cuando se imagina cómo habría de respuntearla el sabio que escribiese su historia, y no sólo se imagina, sino que remeda el altisonante estilo de los libros de caballería al dar feliz testimonio de aquel trance que el autor entrecomilla:

Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones de manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.⁸

Y remata el autor, quien quiera que sea: “Y era verdad que por él caminaba”.

¿Habría que recordar las siguientes palabras del cura, escrutador de libros, respondiéndole al barbero que lee el título *La Galatea* de Miguel de Cervantes?:

Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.⁹

Porque, entonces, resulta que Cervantes es también un personaje más del *Quijote*. Y ya se había visto cómo él mismo, como un personaje más, anda por Toledo donde encuentra los cartapacios con el texto completo de la obra.

A qué añadir más pasajes a los mencionados. Lánzate ya tú también a escrutar e intentar dirimir quién es el autor de la famosa novela. A ver si eres capaz de espigar entre tanto yo- autor de ella cuál es el verdadero. Lo que sí manifiesta este retablo de autores es la novedad de su relato. Su novedad como género literario en su hábil e imaginativo libar de los géneros contemporáneos, pues sus ingeniosos autores, también ellos plurales, convocan en el lugar de la Mancha, en las ventas y caminos, en las florestas y en las ciudades, a una multitud de gentes ya conocidas: al pícaro que va a galeras, al pastor enamorado de Marcela la pastora, al serio campesino rico tan cercano al sentido común erasmista, al que pasa a Indias y al que regresa del cautiverio en tierra de moros, al canónigo lector, eventualmente autor de libros de caballerías y al necio clérigo acogido por los duques, al decir del pueblo llano y sensato y al decir del pisaverde pedante. Lo dicho, a qué seguir. Todo estaba ahí, pero el ingenioso autor, los ingeniosos autores, juntando la zarabanda de 'yoes' con sus particulares decires y vivires hicieron amanecer otro género, la novela y, no siendo todos los tiempos uno, también aquel en el que esto escribieron ya era otro tiempo. Nosotros lo llamamos Modernidad.

Es el caso que, este año, el tributo que se le rinde a los aniversarios vuelve a situar en el primer plano de la atención literaria la obra cervantina, porque diez después de la celebración del Cuarto Centenario de la publicación de la Primera Parte, ahora lo es de la Segunda. Y nos vemos de nuevo confrontados con el *Quijote*. Una vuelta al clásico español que inquieta. La razón es muy simple: qué no se habrá dicho del autor, de los

personajes, de las variadas y celebradas situaciones conocidas por todos, pues también caben quienes no lo leyeron. Asoma un tanto la melancolía en este regreso, cuando de escribir algo sobre la obra se trata. La propia al contemplar en apretada escritura las ingentes listas de títulos sobre cualquiera de sus aspectos. Abrumador. Con todo, *Devenires*, no sin osadía, quiere sumar a esa incesante danza de reflexiones sobre el caballero de la Mancha su grano de sal.

En la Introducción a este *Dossier*, Juan Carlos Orejudo traza una semblanza de los avatares de la obra vista en el espejo, ceñudo o risueño, según el caso, de la crítica literaria a lo largo del tiempo. Roberto Sánchez Benítez aborda el problema de la sinuosa y proteica identidad del personaje. Mertxe Berasain se centra en la presencia de la alteridad morisca, tan presente y de tan variados juicios en la obra. *Devenires*, ellos tres y quien esto firma, qué duda cabe, verían cumplido con creces la tarea de estas líneas si ellas fueran el acicate para que tú, ocupado lector, también te subieras a lomos de Rocinante.

Notas

* El Dr. Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo estuvo a cargo del *Dossier* de este número. Es profesor de la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña” de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y, junto con el Dr. Oliver Kozlerek, dirige esta revista.

¹ Prólogo: Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Edición dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Editorial Crítica, 1998, pp. 10-11.

² *Ibid.*: pp. 18-19.

³ *Ibid.*: pp. 36-37.

⁴ *Ibid.*: p. 104.

⁵ *Ibid.*: p. 105.

⁶ *Ibid.*: p. 107.

⁷ *Ibid.*: pp. 949-950.

⁸ *Ibid.*: pp. 46-47.

⁹ *Ibid.*: p. 86.